

CARMELO LISÓN TOLOSANA

**Demonios y exorcismos en los siglos de oro. La España Mental I
y Endemoniados en Galicia hoy. La España Mental II**

(Madrid, Akal Universitaria, 1990)

Comentar una obra maestra es una tarea realmente difícil. Nunca la crítica o la recensión en unas pocas páginas puede dar cumplida cuenta de una obra que, por sus características, está naturalmente destinada a producir amplios efectos en la comunidad científica. Si, como señala Steiner¹, la verdadera crítica de una obra sólo se puede apreciar en aquellas otras obras que gracias a ella ven la luz, tendremos, sin duda, que esperar a que la lectura y estudio de la obra de Lisón despliegue todo su potencial creativo fecundando la labor colectiva de la comunidad científica para poder atestiguarla. Una obra maestra es una obra viva, que tiene su propia biografía: una larga gestación, un nacimiento

público y un fértil crecimiento posterior. Mis comentarios, pues, consciente de que no pueden en modo alguno, aun adelantándose, suplir tal desarrollo, sólo intentan anunciarlo, invitando a los lectores a esa gozosa celebración que es la lectura.

Se trata de una obra en dos volúmenes de tan apretada letra como el pensamiento del autor, como si con tan singular hechura quisiera el editor sujetar mejor el vuelo de las ideas, ajustando el pensamiento del lector al ritmo adecuado para que no se le escape, junto con el rigor, la belleza de la obra, la intensidad de la experiencia de su lectura. Ambos volúmenes tratan un mismo conjunto de problemas. De ahí la unidad del subtítulo —*La España Mental*—, que refiere mejor el contenido de la obra que cada uno de los títulos que encabeza uno y

¹ G. STEINER, *Presencias Reales. ¿Hay algo en lo que decimos?*, Destino, Ensayos, Barcelona, 1991.

otro volumen. Y digo «mejor» porque en ellos se trata de mucho más que de demonios y exorcismos en los siglos de oro y que de endemoniados en Galicia hoy. Ambos temas son, en realidad, punto etnográfico de partida para una densa reflexión antropológica sobre la condición existencial humana enfrentada a la experiencia del mal. Reflexión que desarrolla siempre al hijo de una excelente y amplísima etnografía, recogida en directo, durante casi treinta años de trabajo de campo.

En realidad, se trata de una obra que culmina² una larga trayectoria profesional. Lleva Lisón muchos años escribiendo estos dos libros, preparándolos y pensándolos en esa actitud de escucha ante la etnografía sometida a las preguntas que traducen lo que la misma etnografía empecinadamente cuestiona de nuestra imagen de lo humano, acrisolándola en sus propias galerías y paisajes interiores en los que la voz ajena encuentra el eco o la pregunta de la propia, desarrollando un imaginativo esfuerzo por liberar la duda de su imprecisión, hasta dejarla libre en la amplitud de su densa complejidad, atestiguando, respetuosamente y con rigor, la precaria certidumbre de sus posibilidades. Sólo así, con tan larga y sostenida observación, manteniendo la tensión de la pregunta, se hace audible la delgada voz de toda respuesta valiosa, con toda la

riqueza de su pluralidad de tonos, notas, disonancias y armonías. El logro, clásico ya en Malinowski, consistente en presentarnos antropológicamente al hombre real, en la plenitud de su contexto social y cultural, alcanza en la obra de Lisón el más hondo ejemplo de la literatura sociológica española, superando lo que Malinowski hubiese deseado gracias no sólo a un trabajo de campo mucho más prolongado, sino también a un mayor uso de la cuantificación, a la especial atención prestada a la historia y a la adecuación del enfoque teórico-metodológico simbolista, semántico y hermenéutico a los materiales etnográficos con los que dialoga en su trabajo.

Consciente de la delicada naturaleza de las creencias, busca el autor sujetar y multiplicar al máximo los testimonios, repetir y comprobar la observación y las entrevistas a lo largo de años, cuantificar aquellas de sus dimensiones susceptibles de ser así consideradas, cartografiar su plasmación en la geografía hispana, contrastar la frecuencia de sus manifestaciones conductuales, resumiendo gráficamente tensiones, líneas de fuerza, o vectores con los que consigue, en un golpe de vista, hacernos ver la potencia creadora de realidad que posee la creencia para los actores, sin pretender hacernos creer que la realidad así construida colectivamente sea para ellos menos incierta de lo que resulta ser para cualquiera de sus lectores. Lisón repetidamente nos acerca a ese «creer dudoso» de los actores que, no por debilidad de su creencia, sino por la humanidad de su naturaleza, sólo consigue crear una realidad incierta. Toda experiencia de la realidad lo es, si es humana, como toda realidad es

² Culmina, sí, pero no acaba. Mientras escribo estas líneas tengo a mano una nueva obra de Lisón recién publicada: *La imagen del Rey. Monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias*, Espasa-Calpe, Madrid, 1991, que amplía hasta 186 páginas su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, y aún aguardan otras dos más en prensa.

construida por la creencia; sólo que siendo ésta diferente, también lo es su fruto, y es en el modo de ser diferente donde Lisón consigue apresar y crear, a su vez, la especificidad del talante cultural de toda una época española, la de los siglos de oro, o la de un contexto tan amplio como la cultura gallega.

Aun cuando la etnografía procede de los siglos de oro, en el primer volumen, o de Galicia, en el segundo, sería injusto decir que la obra de Lisón no es más que una comparación entre ambos contextos. Lisón cita y atiende a la pluralidad de estudios antropológicos sobre la posesión, desde África a Inglaterra, para situar su estudio en su adecuado contexto científico-social, aun cuando, como avezado antropólogo, su preocupación central sea alcanzar con su reflexión dimensiones universales de la condición humana desde la especificidad de la etnografía elaborada en el trabajo de campo o en su amplísimo dominio de las fuentes históricas. Esa reflexión logra su adjetivo humanista *desde la España Mental* porque, efectivamente, para poder interpretar la documentación o sus informes de campo, Lisón va más allá de Galicia o la Corte de los Austrias. No es casual que esta obra, comenzada en su elaboración en los años sesenta, vea la luz en los noventa. Sus trabajos previos le permiten contextualizar su reflexión en un denso y amplio conocimiento de la cultura hispana para, en esta obra, mostrarnos cómo «el continuado esfuerzo epistemológico por conocer y clasificar al Otro creó, por oposición, la representación religioso-monolítica del Nosotros nacional, resultado de la agónica convivencia con el Otro».

Describiendo en toda su densidad los «estados mentales fluctuantes y poliédricos» que analiza, nos muestra cómo «se convierten en prototipos del *pathos* del ser y de la consciencia» de los actores. «Todos ellos demuestran la capacidad humana... para crear y habitar esa región misteriosa que se extiende más allá de la paráfrasis racional... precisamente en un momento histórico de extrema exaltación suprema del individuo, de su honor personal y honra social.»

Por otra parte, si Lisón toma para su estudio un contexto de tan amplias dimensiones históricas y geográficas, y amplía sistemáticamente la contemplación de la etnografía, documental o de campo, contrastándola con la literatura y el arte, persiguiendo todos sus posibles vínculos en el campo de la religión, la política, la medicina, la vecindad, la marginación social o las tensiones familiares, es en respuesta a un imperativo metodológico: sólo cabe aprehender comprensivamente la configuración cultural de la creencia detectando sus múltiples manifestaciones en todos esos campos y en todos sus distintos niveles. Ir más allá de la religión y del ritual, saltar incluso del extraño desasosiego interior de los actores, que sufren su singular experiencia, hacia su contextualización social, fuerza al antropólogo a encontrar, como marco de la homogeneidad de tan dispar etnografía, la cultura. Las conexiones simbólico-semánticas sobre las que se sustentan las creencias poseen profundas, intrincadas y extensas raíces, a las que hay que atender para poder interpretarlas. De ahí, también, la barroca proximidad entre figuras tan opuestas como el místico y el pícaro, el monje y el aventurero, la

beata y el poseso. En sus palabras: «con frecuencia capitanes truecan la espada por la cruz, los místicos dominan la pluma, los conquistadores se transforman en ermitaños y escritores profesan en vida religiosa. La condensación de estas transferencias y la transitiva redundancia consecuente se funden y producen un único daguerrotipo de conexiones simbólicas... conforman un *corpus* homogéneo, totalizante, que a la vez que potencia la acción descubre un significado básico, un vector común... la paridad en lo dispar evidencia una como matriz omnipresente».

Esa misma atención al marco global de la cultura le lleva a Lisón a buscar un modo específico de presentación de su reflexión: «en el Corpiño... aprendo a observar un conjunto fenomenológico, esto es, una continuidad e interdependencia entre niveles y partes, un *totum* cultural maussiano cuyos elementos me gustaría poder presentar de golpe como la notación vertical de una sinfonía para que todos ellos pudieran apreciarse en operación coordinada y simultánea. Esta visión fenomenológica-existencial, holística del hecho cultural corpiñesco es antitética de la cartesiana dualidad *res cogitans/res extensa* o sujeto/objeto; la analítica existencial que aquí sugiero proviene de otro horizonte de pensamiento, de aquel que prima la conjunción de la heterogeneidad, la naturaleza unitaria de opuestos».

El primer volumen, centrado en la España Barroca, aun haciendo una excelente historia de la mentalidad de la época, mostrándonos con una amplísima y rigurosa documentación el ambiente de la creencia, es, a su vez, un brillante estudio de Antropología

religiosa, política y del arte en una sola pieza. El testimonio de la literatura de la época, de los informes de los inquisidores o el de los historiadores, se cruzan y analizan bajo la luz de la hermenéutica antropológica hasta mostrarnos discriminaciones centrales de la cultura de los siglos de oro, para, desde ellas, contemplar modos de categorizar el mal. Cuando ese análisis se vierte sobre testimonios reales aparecen sorprendentes similitudes estructurales entre personajes tan polares como los apuntados (místicos, poetas, posesos y beatas), pudiendo así mostrar el talante común de la cultura que comparten. Su interés, pues, no reside tan sólo en la hondura con que estudia la intrincada Corte de Carlos II el Hechizado, sino en desvelar, desde la cúspide del poder hasta la clausura conventual, desde el teatro público hasta la atormentada conciencia de los actores, unos mismos procesos culturales en operación que nos permiten comprender a una misma doliente humanidad.

En su excelente introducción a la obra de Marcel Mauss, Lévi-Strauss subraya la importancia que para la Antropología Social tiene el estudio, en toda sociedad y cultura, de aquellas nociones que «actúan un poco como símbolos algebraicos, para representar un valor indeterminado de significación, vacío en sí mismo de sentido y susceptible, por tanto, de que se le aplique cualquier sentido, cuya única función sería cubrir la distancia entre la significación y lo significado»³. No obstante, el estudio de Lévi-Strauss sobre dicho problema se

³ C. LÉVI-STRAUSS, Introducción a la obra de Marcel MAUSS, *Sociología y Antropología*, Madrid, Tecnos, 1971, p. 37.

ha visto siempre limitado por su propia metodología estructuralista, alejada de la analítica existencial que preconiza, entre otros, el profesor Lisón. De ahí, sin duda, la escasa fertilidad del Estructuralismo a la hora de interpretar la significación y el sentido de los fenómenos culturales que ponen en operación los actores de carne y hueso. Lisón, por el contrario, desde la Semántica y la Hermenéutica antropológicas, consigue presentarnos el demonio barroco como «una figura sintética con numerosos pliegues de significado; su espesor semántico proviene de que actúa a veces como un signo virtualmente vacío, es decir, regido por un código genérico y lábil pero capaz, por tanto, de vehicular referencias opuestas, encarnar roles contradictorios... fluctúa entre la terrible maldad y la inocua travesura... Sugiere, quizá... que lo mismo sucede con el hombre, encadenado a una gozosa y dolorosa humanidad, a una radical ambivalencia y tensión moral... Mal y demonio tienen dimensiones huecas, son categorías vacías... cuando parece que los captamos y aprisionamos se diluyen en otros... el demonio es un vehículo simbólico, modo icónico de reproducción a la vez que modo de representación creadora, de la *malaise* de la sociedad barroca».

El segundo volumen, centrado en Galicia, contiene quizá la más completa etnografía sobre el tema de la posesión, la más delicadamente estudiada en toda su complejidad. En él podemos apreciar no sólo un serio estudio antropológico sobre un tema endiablidamente difícil de encarar rigurosamente, sino también aprender una sabia lección sobre cómo hacer

Antropología. En sus páginas queda patente la contundencia del dato, la fuerza de la etnografía, la singularidad de la metodología antropológica y su enorme fertilidad cuando el trabajo de campo se desarrolla empáticamente durante años, repitiéndolo una y otra vez, convirtiéndose casi en una historia en vivo al seguir la trayectoria vital de unos mismos informantes durante decenios. Consigue aquí Lisón, en su grado máximo hasta ahora, algo que ha sido una constante en toda su extensa obra: analizar minuciosamente los datos, bombardear la etnografía desde todos los ángulos posibles y, a la vez, respetar en su integridad su radical alteridad, su capacidad de sorprendernos al sentirnos por ella cuestionados, mostrándonosla con toda la riqueza de su ambigüedad, como experiencia real, resistente a nuestro deseo de dominarla desde la unilateralidad de los instrumentos de una u otra rama del saber. El estudio de las fantasías ajenas halla su punto de realidad en su análisis de la semántica cultural sustentada colectivamente por los actores. Demo, trasgo, meigallo, aparecen como categorizaciones de una densa y plural experiencia angustiosa que se resiste, en primer lugar, a los propios actores ante su intento de definición. No obstante, la vivencia del conflicto vecinal, de la marginación, de la enfermedad, la frustración o el interno desdoblamiento, necesitan definirse de algún modo, atribuirse, acotarse, nombrarse para saberse, glosando ese tan pessoano desasosiego de todo vivir auténticamente humano, tan enraizado en la convivencia social, como herido, en su precariedad, de trascendencia. Es

entonces cuando el autor dispara su penetración apresando el esfuerzo cultural colectivo para dotar de realidad pública a la experiencia interior, mostrando la estratégica ambigüedad con la que los actores construyen sus categorizaciones de bordes difusos, ejemplificando lo que Wittgenstein señaló refiriéndose al lenguaje y que luego Needham aplicó al campo de la cultura.

También en este volumen «la capacidad de los semas» usados por los actores «dotan a demo de tal porosidad y versatilidad que lo convierten en simbolizador ideal para plantear preguntas y formular respuestas, ambas de suma importancia... esa palabra-clave origina a su vez una constelación simbólica tan plurívoca como polivalente y... provoca todo un complejo discurso metafórico que evoca e integra varios niveles de la estructura social y mental... La palabra del hombre transfigura la realidad; la crea. Una vez creada la cree». Creación de lo creíble en la que el diálogo entre actores juega un papel central. Desdoblado el poseso en su interna pluralidad brinda al antropólogo ocasión para recoger su diálogo: «Este “diálogo” es, obviamente, un proceso de significación, una organización de significado, formula expresiones referenciales; este “diálogo” al generar un texto significativo crea una manera de presentación y un modo de ser del diablo. Este demo es, pues, producto de una estructura “diagonal”... La voz ilocucionaria concreta procede de un endemoniado sometido a condiciones corpiñescas, tradicionales, comunes, aprendidas... Es por lo tanto, voz genérica, grita en un nosotros plural...

los corpiñeros sufren culturalmente.»

Tras estudiar a los actores, sus síntomas y comportamientos, tras estudiar la creencia, estudia el autor el conjunto de rituales de exorcismo que transforman al actor dramatizándose a sí mismo como sujeto y objeto de la acción ritual, «representándose como normal... y endemoniado», viendo cómo el diálogo ritual del exorcismo «construye la alteridad... cincela su yo frente y contra el tú demoníaco... Con los dardos de sus certeras preguntas va cincelando el tú... cercando al tú», descubriendo la complejidad de los distintos niveles del yo, del tú, del mí, hasta apresar la visión cultural que sobre el hecho de ser persona, de tener que ser siendo un yo (poliédrico), poseen los actores.

Si el primer volumen lo termina Lisón, tras analizar la desdicha de Carlos II el Hechizado, preguntándose «¿qué hay detrás de ese distante y misterioso poder Real?», contestando, tras atestiguar el sostén del poder por la creencia, que «detrás del poder está... la nada», termina su segundo volumen con una reflexión no menos provocativa: «Demo, vecino, posesión, etc., son categorías culturales interpretativas... Trascienden, por tanto, en su significado a las relaciones sociales que lo provocan. Las definiciones culturales son previas, anteriores a los síntomas o, dicho de otra manera, las imágenes y representaciones mentales no vienen ni necesaria ni directamente determinadas por la estructura social e económica o de poder *tout court*.»

Se trata, pues, de una obra que, como habrá podido intuir el lector, interesará, sin duda alguna, tanto al

antropólogo como al sociólogo, al historiador, al psicoanalista, al médico o al estudioso del arte. Es una obra que, presuponiendo su abundante obra previa, que aquí culmina, puede leerse por sí misma. Si en su anterior producción comenzó Lisón preguntándose por las raíces históricas y ecológicas de unas instituciones y pautas culturales que teñían, a través de generaciones, valores como la honra de los aragoneses, creencias y símbolos que coadyuvaban en la génesis de una identidad colectiva gallega, aragonesa, comarcal, local incluso, en cada una de las Españas, paso a paso, texto a texto, ha ido aupándose el autor al borde del horizonte de lo conocido para, desde el límite —desde el único lugar

desde el que cabe hacer avanzar la investigación—, otear la noche de las persistentes preguntas, de aquellas que siempre se ha formulado el hombre sobre el Hombre y que, envejecidas por el uso las respuestas, hay que volver a formular, nunca en vano, porque el arte antropológico, como todas las Humanidades, es un saber o un comprender esencialmente histórico, relativo en su formulación, a la época para la que se debe proferir. De aquel punto de partida llega ahora a un nuevo límite, al reto del sujeto, al borde de yo zaherido por la tensión de la experiencia y que, mostrándose plural, nos vuelve a preguntar: en realidad, ¿quién somos?

Ricardo SANMARTÍN

HANK JOHNSTON

Tales of Nationalism: Catalonia, 1939-1979

(New Brunswick, Rutgers University Press, 1991)

Hay varias razones por las que el libro de Johnston tiene un gran interés para la sociología española en general y para todos aquellos que estén investigando en el área de los movimientos sociales, trabajando en instituciones autonómicas o, simplemente, sientan curiosidad intelectual por unos temas de tanta actualidad como el nacionalismo y la transición democrática en España. Una de esas razones es la primera que se suele citar al recomendar un libro: su indudable calidad. Es consecuencia de un trabajo tenaz, bien sistematizado y con una sólida orientación metodológica, que comienza con una investigación de

campo en Barcelona al principio de la última década y se desarrolla bajo la dirección de Aaron Cicourel y Joseph Gusfield en la Universidad de California, San Diego.

La calidad del libro no sólo es resultado del tiempo invertido en esta investigación sobre el movimiento nacionalista catalán, sino de los supuestos teóricos y metodológicos que la informan. Si es cierto que suele existir una relación entre unos y otros, considero que los segundos en este caso proceden de la influencia que han tenido los dos sociólogos citados. Si el primero es una autoridad mundial en el área de la metodología y

uno de los dos fundadores de la etnometodología, el segundo es un clásico (puesto al día) en movimientos sociales. Su influencia explica que los contenidos teóricos del libro no se limitan a los que en él se explicitan, sino que abarcan cuestiones tan importantes como la aplicación de supuestos importantes procedentes de la «sociología interpretativa» y de la etnografía de la lengua al estudio de los movimientos contemporáneos (Cicourel, 1980; Gusfield, 1989). La principal base empírica del libro son ochenta y dos entrevistas etnográficas realizadas por el autor a militantes de los movimientos de oposición al franquismo, en su mayoría nacionalistas. Una de las contribuciones de la obra es metodológica y radica en su capacidad para mostrar cómo se aplican las técnicas sociolingüísticas vinculadas a la segunda orientación al análisis de un objeto que tradicionalmente ha sido objeto de un tratamiento macrosociológico muy general (Cicourel, 1980, 1982b).

Johnston sigue el enfoque del análisis de marcos, que proviene de la aplicación de la obra de Goffman al estudio de los movimientos sociales. El difícil y sugerente libro que lleva ese nombre (*Frame Analysis*) ha sido considerado el trabajo más ambicioso y creativo de un autor que podemos situar entre los más importantes de la sociología contemporánea (Goffman, 1964). Su aplicación a los movimientos sociales tiene lugar en esas factorías de síntesis y creatividad que son las buenas universidades norteamericanas, de la mano de David Snow y Robert Benford (Snow y otros, 1986; Snow y Benford, 1988). Su rápida difusión en los últimos años está rela-

cionada con su utilidad para explorar las dimensiones ideológicas y culturales de los movimientos sociales. En las dos últimas décadas, esos aspectos han sido objeto de escasa atención por los sociólogos debido a la influencia de enfoques centrados en las características del contexto social, la estructura de oportunidad política y la disponibilidad de recursos organizativos para explicar estas formas de acción colectiva (Snow y Benford, 1988; Johnston y Laraña con Gusfield, en prensa; Laraña, 1993).

En la investigación más avanzada sobre movimientos sociales se está produciendo una creativa síntesis de supuestos procedentes del análisis de marcos y de un sector de la investigación sobre nuevos movimientos sociales que se viene realizando en Europa desde los años setenta. Johnston procede a una interpretación del movimiento nacionalista catalán en la que expone la interrelación de aspectos culturales y estructurales que están en el origen de su fuerza en la actualidad. El acierto en la forma de mostrarlo es otro de los valores de esta obra, como consecuencia del esfuerzo de síntesis que en ella se hace y de la capacidad del autor para vincular las dimensiones micro y macrosociológicas de la realidad investigada. El análisis lingüístico de casos se combina con datos históricos y otros sobre la vida cotidiana de los actores en el movimiento nacionalista que confieren fluidez a la lectura del libro.

Una idea básica es que los marcos de referencia de ese movimiento constituyen estructuras cognitivas a través de las cuales sus seguidores confieren sentido al mundo en que viven. Son «estructuras de sentido» (Cicourel,

1982a) con capacidad de movilización colectiva e importantes implicaciones sociales y políticas. Durante el largo período de latencia para los movimientos sociales en España que va desde el fin de la Guerra Civil hasta los años sesenta, esos procesos cognitivos se desarrollan en el seno de las familias catalanas y en una variedad de asociaciones voluntarias que desempeñaron un papel decisivo en la continuidad del movimiento bajo duras condiciones de represión. De ahí la importancia del análisis detallado que hace Johnston sobre los hechos lingüísticos vinculados a la persistencia de ideas, símbolos y significados propios de la cultura catalana, tanto en los procesos de socialización como en dichos grupos secundarios. Los segundos abarcan una variedad de asociaciones, desde grupos excursionistas, corales, literarios, musicales. Su persistencia en la Cataluña de posguerra se relaciona con el papel protector desempeñado por la Iglesia católica frente a las autoridades estatales, al igual que ha sucedido en otros movimientos nacionalistas estudiados por Johnston (en prensa) en países del Báltico. El alineamiento entre los marcos de referencia del movimiento nacionalista y las orientaciones cognitivas individuales de sus miembros se interpreta a partir de la imbricación de los procesos de socialización con esa amplia gama de asociaciones culturales y recreativas de larga tradición en Cataluña y el País Vasco. Con ello, el libro vincula aspectos estructurales y culturales de la acción colectiva, y desarrolla sus puestos planteados en otras investigaciones sobre el nacionalismo vasco que destacan el papel de la len-

gua y de las asociaciones intermedias (Pérez Agote, 1987; Tejerina, 1992).

El resultado de esa síntesis no consiste simplemente en el resurgimiento del nacionalismo catalán en la etapa final del franquismo, sino en su transformación en un movimiento de masas, articulado en una «subcultura de la oposición» al Régimen del 18 de Julio. Este es un concepto esencial para categorizar el proceso de atribución de significados, tal y como se manifiesta en los relatos de militantes nacionalistas y de izquierda al hablar del origen de su militancia política. Con él se alude a un proceso más sutil y penetrante que el habitualmente expresado con el término «ideología». Este último hace referencia al sistema de ideas lógicamente interrelacionadas y a una orientación racional del actor en su defensa, mientras que subcultura de la oposición designa «un fenómeno más complejo que abarca organizaciones, simbolismo, lazos sociales persistentes y continuidad en el tiempo». Ese conjunto de elementos proviene de la vida cotidiana de los actores en el movimiento y tiene una connotación menos racional y más próxima a los sentimientos. El concepto surge del análisis del papel que desempeñaron las experiencias infantiles de los entrevistados, y sus redes de relaciones en sus familias, con sus grupos de amigos, en las escuelas, organizaciones y asociaciones.

Esta subcultura se relaciona en el libro con el proceso de redefinición del marco de referencia del movimiento nacionalista catalán desde los años sesenta, que se considera decisivo para el cambio en su percepción por parte de sectores tradicionalmente ajenos u

hostiles al mismo, como el movimiento obrero y los inmigrantes de otras regiones. Frente a la imagen clásica del movimiento nacionalista como «burgués», el nuevo marco es interclasista y permite el alineamiento de esos sectores con el nacionalismo, lo cual posteriormente resulta clave para las cosechas de votos obtenidas por «Convergencia i Unió» en las elecciones democráticas. Ello fue potenciado por la redefinición de la nacionalidad promovida por este partido y su extensión a todo el que vive y trabaja en Cataluña (Laraña, en prensa).

El libro destaca la peculiar combinación de elementos ideológicos marxistas, nacionalistas y católicos (postconciliares) en el surgimiento de un nuevo marco unitario, que confiere un fuerte impulso a los movimientos de oposición al franquismo, así como la mezcla de factores que intervienen en la producción de ese marco. Por ejemplo, un fenómeno característico de los movimientos estudiantiles en Europa y América durante los años sesenta como es la difusión de un marco de referencia marxista entre jóvenes que no pertenecen a la clase trabajadora. Johnston percibe adecuadamente el significado simbólico que tuvo aquel hecho en España, donde fue más un instrumento para la crítica radical del franquismo que la unificadora y coherente ideología de clase propugnada desde el marxismo. Asimismo, este último suministraba, el discurso necesario para la coordinación entre los movimientos estudiantiles, nacionalistas y el movimiento obrero.

Otro aspecto de interés es el detallado estudio del papel desempeñado

por la Iglesia en el surgimiento del nuevo «marco unitario», nacionalista de izquierdas. Estos procesos se fundan en el análisis del discurso de los seguidores del movimiento de oposición, lo cual confiere al libro gran interés metodológico.

El resurgir del nacionalismo catalán y su transformación en un movimiento de masas apoyado por las clases medias se presentan asociados a una serie de acontecimientos públicos que tuvieron lugar desde el final de los años cincuenta que actuaron como factores con capacidad para precipitar los acontecimientos (Smelser, 1962); en este sentido, destacan las concentraciones en demanda de libertad religiosa ante el Monasterio de Montserrat, el boicot al diario *La Vanguardia* o el encierro de estudiantes e intelectuales en el convento de los Capuchinos en 1965. La «capuchinada» tuvo su origen en la misma reivindicación cuya prohibición fuera elemento motor del movimiento estudiantil en España, promover un sindicato estudiantil independiente. Se le atribuye aquí un significado importante en la construcción del marco unitario, que permite la coordinación de movimientos de oposición muy diferentes, la subordinación de esa diversidad política a los sentimientos antifranquistas y la fuerza de la identidad catalana.

Otro hecho de especial importancia para la transformación del nacionalismo en un movimiento de masas fue la elección de un nuevo Papa, Juan XXIII, en 1958, y su defensa de los derechos de las minorías. El movimiento de los católicos postconciliares y el compromiso con él de algunos reli-

giosos se consideran decisivos para impulsar el nuevo marco unitario que combina marxismo y nacionalismo, y convierte al segundo en el elemento unificador de la oposición catalana. El apoyo de grupos religiosos y sacerdotes hizo posible el alineamiento de amplios sectores de las clases medias con el movimiento nacionalista.

En síntesis, el libro debe traducirse pronto al castellano por todas estas razones, que son tanto de contenido (su contribución al conocimiento de un aspecto tan importante de la realidad social en España) como de método (su aportación a la investigación de los movimientos sociales con técnicas de análisis del discurso). Si no se traduce, el público que no conoce la lengua inglesa se vería privado de algo que tiene gran interés; si sólo se traduce al catalán, lo mismo sucedería con los millones de personas que no entienden esa lengua.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- CICOUREL, Aaron (1982a): «El método y la medida en sociología», Editora Nacional, Madrid.
- (1982b): «Interviews, surveys, and the problem of ecological validity», *The American Sociologist*, vol. 17.
- (1980): «Three models of Discourse Analysis: The Role of Social Structure», *Discourse Processes*, 3.
- GOFFMAN, Erving (1986): *Frame Analysis*, Northeastern University Press, Boston.
- JOHNSTON, Hank (en prensa): «Los nuevos movimientos sociales y el viejo nacionalismo regional en España y la Unión Soviética», en E. LARAÑA y J. Gusfield (eds.), *De la ideología a la identidad en los nuevos movimientos sociales*, CIS.
- LARAÑA, E. (en prensa): «Los movimientos sociales en España (1960-1990). Análisis de tendencias», en S. del Campo (ed.), *Tendencias sociales en la España de hoy, presentado en Convergencias en las Estructuras Sociales de los Países Avanzados*, Fundación del BBV, Madrid, 14-15 diciembre 1992.
- (1993): «Ideología, conflicto social y movimientos sociales contemporáneos», en *Escritos de Teoría Sociológica en Homenaje a Luis Rodríguez Zúñiga*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- PÉREZ AGOTE, Alfonso (1987): *El nacionalismo vasco a la salida del franquismo*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- SMELSER, Neil (1962): *Theory of Collective Behavior*, The Free Press, McMillan, London.
- SNOW, D., y otros (1986): «Frame Alligement Process, Micromobilization and Movement Participation», *American Sociological Review*, 51.
- SNOW, David, y BENFORD, Robert (1988): «Ideology, Frame Resonance and Participant Mobilization», en Klansdarmans et al., *International Social Movement Research*, vol. 1, JAI Press, Greenwich (Conn.).
- TEJERINA, Benjamín (1992): *Nacionalismo y lengua*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

Enrique LARAÑA

J. CARABAÑA y A. DE FRANCISCO (COMPS.)

Teorías contemporáneas de las clases sociales

(Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1993)

En el marco de la sociología es fácil encontrar el reconocimiento de que las sociedades actuales se estratifican en dimensiones tales como las de clase social y *status*.

Aun admitiendo lo anterior, las controversias sobre los términos de clase social y *status* han sido y son muy numerosas. El fondo de la polémica está en la discusión sobre si dichas dimensiones proporcionan unas categorías adecuadas al análisis de la estructura de las sociedades contemporáneas.

La importancia de la aclaración se convierte así, para la sociología, en uno de los problemas más acuciantes en la actualidad. Cómo situar a los nuevos directivos de las sociedades occidentales en las categorías tradicionales, es un ejemplo de los existentes que nos ayuda a comprender la importancia del tema.

Opciones que podrían parecer simples como la ampliación de los términos o definiciones de las categorías, o asumir algunas otras que nos expliquen las nuevas dimensiones, han dado lugar a mayores y nuevas controversias, y a escasos puntos de acuerdo.

Los artículos y ensayos compilados por J. Carabaña y A. de Francisco nos sugieren aproximaciones y soluciones muy interesantes sobre el concepto de clase social a través de diversos enfoques metodológicos provenientes de los planteamientos originarios de las teorías de clase social de Marx y Weber.

Resulta importante, pues, apuntar

cuáles son los puntos de partida de las teorías de clase social marxista y weberiana para conectarlos con el comentario de cada uno de los artículos compilados.

Aunque en Marx no exista una teoría de la clase social propiamente dicha, lo cierto es que la dimensión de clase social es uno de los ejes centrales de su teoría del cambio social. La separación entre propietarios de medios de producción y productores en el modo de producción capitalista, dicotomizada en la forma explotadores-explotados, se articula en uno de los elementos explicativos de la superación del modo de producción capitalista: la lucha de clases.

Max Weber emplea, en cambio, tres criterios de estratificación social: el económico, representado en las clases sociales; el del honor o estimación social, representado en el *status*; y el de poder, representado en los partidos políticos.

La clase social, en ambas perspectivas analíticas, se configura con similar criterio clasificatorio: el del sistema de relaciones económicas en el mercado que sitúa a los individuos o grupos de individuos en una determinada estructura social. Sin embargo, las coincidencias se agotan en este punto.

Las conceptualizaciones de clase social en Marx y Weber no responden a explicar ni a comprender las nuevas dimensiones de las estructuras sociales actuales. De ahí que, tanto desde el marxismo como desde las

posturas weberianas, se hayan realizado reelaboraciones sobre el concepto, e incluso se hayan conjuntado.

En esta línea, la introducción de uno de los compiladores de este volumen, A. de Francisco, nos resume las tendencias esenciales sobre la problemática de las teorías contemporáneas de las clases sociales; y los artículos compilados son un excelente exponente de las concepciones neomarxistas y neoweberianas.

El ensayo de Erik Olin Wright, «Reflexionando una vez más sobre el concepto de estructura de clases» (1989), parte del presupuesto marxista de que son las clases «el determinante fundamental del conflicto y el cambio social» (p. 17). Pero considerando que la estructura social ha engendrado dimensiones sociales de difícil acoplamiento a la teoría marxista de clases, replantea su análisis a dos niveles: primero, el estudio de conceptos *micro*s en la estructura de clases, y segundo, el objeto del análisis de la estructura social en clases agrupadas bajo intereses materiales.

Realizando una revisión crítica, Wright llega a la conclusión de que es necesario resolver en la teoría de clase marxista la problemática conceptual que suponen las nuevas clases medias. Replantea, en primer lugar, el vínculo entre los intereses de clase y los empleos; en segundo, el reconocimiento de posiciones sociales que derivan de «redes sociales más que directamente de los diversos tipos de relaciones sociales de producción» (p. 89), y, por último, la «dimensión temporal» de los intereses de clase. En estos tres nuevos ejes centra el estudio de adecuación de la dimensión

clase media a la teoría de clase social marxista, haciendo hincapié en las categorías de profesionales y expertos y en la de los directivos y empleados estatales. En este sentido ofrece direcciones teóricas de gran interés.

El ensayo de Val Burris, «La síntesis neomarxista de Marx y Weber sobre las clases», examina, en palabras de su propio autor, «el estado actual de las teorías marxista y weberiana sobre clases y estructura de clase» (p. 128). Para ello analiza profundamente las teorías de clases marxistas actuales, representadas fundamentalmente por J. Roemer, J. Elster y E. O. Wright, resaltando, a su vez, las incorporaciones weberianas que realizan algunos de estos autores. Por otro lado, expone cómo las teorías weberianas y marxistas se han complementado mutuamente, en la reelaboración de la dimensión de clase social.

El deseo de síntesis del autor le lleva a plantear los puntos de divergencia entre las teorías marxistas y weberianas (véase estructura y acción, concepción unidimensional y multidimensional, explotación y dominación, relaciones de producción y relaciones de mercado) como referencias complementarias y necesarias en la aproximación al estudio de las clases sociales.

El resultado es el desarrollo de lo que Val Burris denomina teoría neomarxista de las clases, necesaria porque «aunque las teorías marxista y weberiana clásicas conservan su importancia para acotar y diferenciar el terreno general de análisis, hoy ya no es posible trazar una línea nítida de demarcación entre ambas escuelas teóricas» (p. 153).

En el artículo «¿Qué hay de teórico en la teoría marxista de las clases?», Andrés de Francisco analiza el alcance que la teoría de clases marxista tiene como teoría social. En primer lugar, el autor plantea hasta qué punto resulta explicativo el concepto de clase social en el marco teórico marxista. En esta línea, reconoce la importancia de la reconstrucción de la relación entre clase/explotación, como factor explicativo de la *desigualdad* en las estructuras sociales: «Gracias a esta *modalidad* del concepto marxista de clase y explotación cobra la teoría un interesante sesgo *normativo*; gracias a ella, en otras palabras, podemos hablar de una posible injusticia de las relaciones de explotación y de la estructura social levantada sobre ellas» (pp. 164-165). Señala, por otro lado, que una de las constricciones que el concepto de clase posee en la teoría marxista es el grado de indeterminación para explicar y predecir la lucha de clases en las sociedades actuales.

Por último, A. de Francisco trata el posicionamiento de las clases medias en el concepto marxista de clase social, centrándose principalmente en los planteamientos de Wright y Roemer.

Ph. van Parijs, en su ensayo «Una revolución en la teoría de las clases», recoge las concepciones de clases de Erik Wright y Roemer, buscando la convergencia entre el análisis de clases marxista y weberiano, a través del estudio de una de las problemáticas más importantes de las sociedades contemporáneas: el desempleo. Expone así que la división más significativa del capitalismo del Estado del Bienestar no proviene de las clases de empleo, sino de la división entre los em-

pleados/desempleados. En palabras de Van Parijs: «Para establecer que la división de empleo se ha vuelto hoy más significativa que la división de clase, no basta con mostrar que los que no tienen trabajo se beneficiarían más de una redistribución de los empleos que de una redistribución de la riqueza —del mismo modo que mostrar que los que no tienen propiedad se beneficiarían más de esta última redistribución que de la primera no bastaría para establecer que la propiedad del capital sigue siendo el determinante central de la estructura de clases—. Lo que debe probarse es que la distribución de los bienes de empleo, y no la de bienes de capital, explica (causalmente) una porción mayor de las diferencias en bienestar material que se dan entre los individuos» (p. 218). Reformula así una nueva concepción de la lucha de clases, donde la propuesta de un subsidio universal o ingreso básico se convierte en parte fundamental de su análisis.

El último ensayo compilado, el de John Goldthorpe, «Sobre la clase de servicio, su formación y su futuro», analiza la problemática de la conceptualización de las clases medias surgidas en las sociedades contemporáneas, desde un enfoque netamente weberiano. Desde éste, establece que el concepto de «clase de servicio», clase que incluye a directivos, expertos y profesionales, tiene como ejes fundamentales la relación de empleo y la situación de mercado. La relación de empleo sitúa a la clase de servicios en posiciones nítidamente diferenciadas de otras clases sociales en situaciones de mercado, situaciones donde se manifiestan intereses de clases espe-

cíficos. La elaboración conceptual de Goldthorpe sobre clase de servicio tiene como trasfondo el enfrentamiento con los planteamientos marxistas sobre la conceptualización de clase media: «La mejor base para una especulación bien informada sobre el futuro de la clase de servicio... reside, en el estudio actual, en un análisis que parta de consideraciones estructurales. Empero, éste deberá ser un análisis que siga unas líneas sustancialmente distintas a las de las explicaciones marxistas de los nuevos *estratos medios*» (p. 253). Así que lo importante es el estudio de las relaciones sociales surgidas del posicionamiento de la clase de servicio y de los intereses de clase a partir de dichas relaciones.

Para finalizar, debemos resaltar la interesante aportación empírica de Goldthorpe en torno a la construcción que realiza del concepto de clase

de servicio. Comparando cifras de Inglaterra, Francia y Suecia, demuestra cómo la demanda de clases de servicio ha aumentado considerablemente en estos países, y cómo este hecho ha dado lugar a diferentes circunstancias que han coadyuvado a la caracterización del proceso de formación de la clase de servicio en las sociedades occidentales.

Los ensayos compilados por J. Carabaña y A. de Francisco tienen el gran interés de hacernos reflexionar desde distintos enfoques teóricos sobre las nuevas clases sociales surgidas en las sociedades contemporáneas, partiendo de la consideración de que las teorías clásicas de clase social, marxista y weberiana, necesitan nuevas direcciones y aportaciones teóricas que las expliquen.

Rosario ALVAREZ

JUAN ANDRÉS VILLENA PONSODA

**Fundamentos del pensamiento social sobre el lenguaje
(Constitución y crítica de la Sociolingüística)**

(Málaga, Agora, 1992)

Con frecuencia se identifica la tarea de la sociolingüística con cierto cambio de rumbo de la ciencia del lenguaje centrándola en el camino de la objetividad y la neutralidad y de la ciencia verdadera. El ensayo que comentamos pretende iniciar una revisión y poner de manifiesto el carácter relativo de ciertas «verdades diferenciadoras» de la ciencia social del lenguaje. Los aspectos tanto positivos como negativos de la investigación

lingüístico-social no han de extraerse únicamente del acopio de datos empíricos, ni tampoco deben deducirse de la producción de conocimientos teóricos nuevos y diferentes en el ámbito interdisciplinario. Más bien se precisa de la consideración del espacio que los nuevos conceptos ocupan en el sistema de nociones científicas de la ciencia del lenguaje; de la constatación de los nuevos aspectos descubiertos en el objeto de la ciencia del

lenguaje, y de la precisión acerca de las relaciones de la disciplina novedosa con la ciencia del lenguaje en general.

No puede afirmarse que haya habido un gran interés por la organización sistemática, la ordenación de hipótesis y de cuestiones básicas, como resultado de variadas contribuciones desde campos teóricos ajenos al específicamente lingüístico: la etnolingüística; la sociología lingüística francesa de inspiración durkheimiana; la psicología de Mead y sus consecuencias; la antropología cultural, entre otros. Desde el campo académico y científico de la lingüística, los investigadores han contribuido a engrosar el terreno interdisciplinario, pero sin insistir en una fundamentación conceptual y teórica propia, ni buscar una consistencia disciplinar específica. No se trata sólo de la complicada situación interdisciplinaria propia, sino del apremio de organizar los resultados que se iban acumulando en el trabajo de campo.

El panorama descrito puede entenderse si se tiene en cuenta, en primer lugar, el interés práctico por el lenguaje y su relación con la cultura y con el funcionamiento comunitario por parte de los antropólogos; y en segundo lugar, la existencia teórica de un espacio disciplinario especializado para el estudio de la conducta lingüística dentro de la sociología como teoría general de la acción.

La lingüística de orientación social ha sido durante mucho tiempo el resultado de una necesidad surgida en el interior de la ciencia del lenguaje y centrada en la explicación del cambio lingüístico. Se trata, por tanto, de una perspectiva glotocéntrica. Su principal apoyo a la investigación lo por-

porcionó el hecho de que se estableciera o se aceptase plenamente la existencia de una relación constante entre un conjunto de necesidades sociales y el uso lingüístico interpretado como síntoma de las mismas. Dichas necesidades se centran especialmente en tres dominios: la pobreza, como problema social y cultural; la educación, como medio de acción terapéutica sobre los resultados de la desigualdad social, y el desarrollo, como asunto de interés político prioritario.

El pensamiento social moderno sobre el lenguaje concentra, pues, su crítica sobre las definiciones restringidas del objeto de la ciencia lingüística y sobre la inadecuación con respecto a los datos. Es preciso prestar atención al modo de comportamiento lingüístico comunitario, mediante la observación metódica de cada variedad, el establecimiento y la representación de las relaciones entre ellas y su conexión entre los factores extralingüísticos.

El objeto glotológico —como lo llama el autor— es propio y específico, es decir, un sistema heterogéneo y realista frente a las restricciones de los científicos tanto del campo de la lingüística como de las ciencias sociales, y el material conceptual con el que cuenta se apoya en conceptos como el de red social (que hoy por hoy es el concepto mediador por excelencia, tanto desde el punto de vista teórico como metodológico) que relaciona las esferas colectivas con las individuales; como señaló Granovetter abre un puente entre los niveles macro y micro; repertorio verbal, acción comunicativa, registro, y otros derivados o conexos forman el material

primario básico para el estudio de los variados modos a través de los cuales se ajustan las lenguas en las diferentes sociedades. Se erigen asimismo como elementos conceptuales intermedios en un doble sentido: primero, entre los conceptos sociológicos, tales como rol, clase, *status*, etc., y los glotológicos, como sistema, representación y regla lingüística, morfema, significado, etc.; y segundo, entre el nivel biográfico-fenomenológico y el nivel social global o institucional. Se traza así un modelo bidimensional de mediación lingüístico/social. De hecho, la historia de las lenguas puede y debe concebirse como un proceso de organización y ajuste entre los diferentes factores sociales y políticos determinantes que conllevan frecuentemente procesos de mezclas y amalgamas que constituyen pasos previos a las simplificaciones y estandarizaciones. La formación de las lenguas literarias europeas ha sido fruto de estos procesos de agregación-disgregación apoyados en dichos factores sociopolíticos. De esta forma, los actos verbales se encuentran determinados por instituciones sociales y por sistemas de estratificación concretos, tales como los sistemas de parentesco; el sistema de estratificación o estructura socioeconómica; los sistemas de castas, etc. Los actos verbales se conciben como el resultado condicionado de los valores culturales, saberes y consensos normativos sociales (tanto formales o de *status*, como informales o de solidaridad).

El desarrollo de la lingüística social exige una valoración crítica que muestre la verdadera identidad de los modelos de la ciencia del lenguaje criticados como insuficientes y asociales; esto es, cuáles son los límites de los

modelos glotológicos para el estudio del lenguaje como hecho social. Este se puede concretar en el problema de la desigualdad social y de sus manifestaciones lingüísticas; por ejemplo, el de la consecuencia del círculo social de la pobreza, como bien señala el autor, y del postulado de la incomunicación como síntoma de las dificultades de acceso a los bienes simbólicos o no simbólicos por parte de las capas más desaventajadas de la sociedad.

De hecho, la pobreza, el subdesarrollo y la desigualdad de condiciones, ya sea ésta respecto a la institución escolar o en el nivel del mercado de trabajo, genera una enfermedad social cuya solución bien podría ser lingüística (la deficiencia verbal asociada a determinadas condiciones sociales); ahora bien, ésta acaba siendo la causa, produciéndose un círculo vicioso de la pobreza que relaciona entorno sociocultural y socioeconómico a través del siguiente proceso: entorno sociocultural → lengua → rendimiento escolar → paro → lengua. De aquí la necesidad de ofrecer una respuesta concreta, especialmente a los problemas educativos y de acceso a los mercados económicos y sociales en dicho marco, donde se produce una diversificación de posiciones sobre la que viene a fundamentarse la distinción entre modelos «asociales» y «sociales», es decir, consensualistas y disensualistas.

La sociología del lenguaje se interesa por el estudio de la organización social de la diversidad lingüística, a saber, la coexistencia de sistemas, complementaria o conflictiva, cuyo funcionamiento objetivo, así como los sistemas de actitudes que les son pro-

pios, se encuentran regulados por normas sociales compartidas consideradas como explicativas. La consideración de las constantes del comportamiento variable como realización de las lenguas y variedades lingüísticas se enfoca en dos direcciones fundamentales: 1) la correlación causal o probabilística entre factores explicativos de la estructura social y hechos lingüísticos dependientes; es decir, la valoración de la función desempeñada por la lengua en los procesos de socialización y sus consecuencias en la estructura social y en los sistemas de reparto y de acceso a bienes y mercancías; 2) determinados fenómenos lingüísticos comunitarios objetivos (como la estratificación lingüístico-social) pueden reflejarse de modo específico en la conducta individual, constituyendo una variable intrapersonal. De ahí la importancia de conceptos intermedios sociológicos y glotológicos capaces de relacionar el plano individual y el institucional o formal. Desde el punto de vista sociológico, la red social cumple perfectamente esta función; sin embargo, en la ciencia del lenguaje, las complicaciones son mayores, especialmente si se utilizan modelos de competencia que por definición son individuales.

La educación es el aspecto común y de mayor interés en todos los estudios lingüísticos sociales. La escuela constituye el ámbito idóneo para la transmisión de concepciones unificadas, arbitrarias o socialmente privilegiadas de la lengua común o de variedades o sistemas lingüísticos determinados de la comunidad, así como de ideologías sobre los usos lingüísticos, tal y como pusieron de manifiesto

Baudelot y Establet en su conocido trabajo *La Escuela capitalista en Francia*. La función de los mecanismos educativos en relación con la estructura de clases sociales, códigos, y otros sistemas de desigualdad social y de reparto de bienes, ha sido un tema de interés de la sociología lingüística desde sus orígenes, así como su conexión con la estructura de capas sociales, y su relación con las barreras lingüísticas en la movilidad social.

Se pone así de manifiesto la distinción de dos vías: funcional o «glotocéntrica» y cultural o «semiocéntrica», como estudio, respectivamente, de: 1) los hechos lingüísticos en cuanto determinados por los saberes acerca de las cosas o cultura, y 2) del contenido o cultura en cuanto que resulta manifestada por las lenguas. Por este motivo el autor aconseja siempre tener presente en la mente todos los planos necesarios para el estudio de la lengua: los planos (del hablar, de las lenguas y del discurso); los ejes (diacrónico y sincrónico), y los fines (teórico y aplicado). Y todo, a su vez, debe ser tratado como un sistema que sólo conoce su propio orden.

En fin, se trata de un trabajo que requiere una lectura atenta y concentrada, aunque algunas veces puede resultar algo difícil. A cambio el lector se encontrará ante una erudita exposición del estado actual y de la trayectoria seguida por el pensamiento de orientación social sobre el lenguaje, en el que se suscriben interesantes vías de reflexión sobre la naturaleza y los fundamentos de la lingüística desde el punto de vista social.

Félix REQUENA SANTOS

J. LANGER (ed.)
Emerging Sociology
 (Aldershot, Avebury, 1992)

Todo parece evidenciar que la sociología, una disciplina eurocéntrica en sus orígenes, se ha profesionalizado de manera definitiva, constituyendo una comunidad global de sociólogos, que comparten un acervo común de conocimientos, cómoda de habitar por la tolerancia teórica y metodológica en su interior y donde las relaciones internacionales constituyen una parte importante del prestigio académico. Sin embargo, sólo muy recientemente ha empezado a mostrar sensibilidad por la epistemología de otras civilizaciones, siendo raros, cuando no ausentes, los ejemplos procedentes de civilizaciones extraeuropeas (en sentido cultural, no geográfico). Ese es, al menos, el punto de partida del marco de análisis en el que sitúa Josef Langer los trabajos incluidos en la obra que nos trae. *Emerging Sociology* es una recopilación de trabajos de muy diverso signo, presentados al pasado XII Congreso Mundial de Sociología, con el denominador común de su procedencia periférica y su temática en torno a la aparición, recomposición y situación de *sociologías* emergentes.

El diagnóstico de la comunidad sociológica que hace Langer es, ciertamente, pavoroso, cuando no descorazonador. Un repaso al devenir de la sociología en las tres últimas décadas —algo aún por realizar— no certificaría, desde luego, la aparición de esa *sociología integral* que pronosticaba Sorokin en 1965. Muy al contrario, lo que sí podría constatar serían los avances habidos hacia una mayor diversi-

dad, dentro de la *desilusión*, el *estancamiento* y el *agotamiento técnico*. El gremio de sociólogos, si bien reforzado por la fortaleza de sus actividades profesionales, asiste en este comienzo de la década de los noventa, entre desconcertado y paralizado, a una serie de cambios históricos importantes, sin que el positivista *savoir pour prévoir, prévoir pour prevenir* de Comte haya hecho no ya acto de presencia, sino el menor intento de asomo; dejando a la sociología y sus seguidores sin haber podido ni saber, ni predecir, ni prevenir lo más mínimo acontecimientos tales como el colapso del bloque soviético y su sustitución por un abigarrado avispero de nacionalismos irredentos, la crisis económica que le acompaña y carga sus fuerzas sobre el desempleo de una manera inmisericorde, o la reaparición de los problemas de integración multicultural, algo olvidados durante los años ochenta. Sólo aquellos miembros del gremio que acceden, con unas u otras proposiciones, al discurso apocalíptico de los medios de comunicación del momento consiguen recibir algún tipo de reconocimiento temporal, mientras las teorías sociológicas serias aparecen como estériles o anticuadas. Para Langer, el gremio sociológico, en lugar de tal previsión, aparece empeñado en debatir cuestiones de método y disputas internas entre el funcionalismo, el marxismo, la fenomenología, la teoría de la acción o los cambios de valores en los movimientos sociales, mostrando la ceguera de la sociología

hacia los actuales desarrollos sociales e históricos. Lo más paradójico del tema es que, todo ello, se da acompañando a una creciente presencia de la sociología en la vida cotidiana: a través de las universidades, los estudios e informes, los congresos mayoritarios, o los analistas sociales que frecuentan los *talky-shows* radiotelevisivos o las columnas de las grandes cadenas de rotativos. La globalización de la sociología es, más que una realidad, un proceso organizativo de conferencias y congresos internacionales o de visitas mutuas y proyectos comunes. Y la *aldea global*, de la que forma parte esa globalización, un invento occidental que aburre a sus creadores, sin llegar a satisfacer a los pueblos de otras culturas.

En las sociedades que se han incorporado con retraso a la historia (*late-comers*), la situación es diferente, estando la disciplina en una fase expansiva y considerada como un componente de su progreso social. Los artículos que se incluyen en el libro editado por Langer vienen a corroborar esa dirección empírica, presentando el estado de la materia en los países de origen. En el fondo, lo que se plantea a discusión es la *indigenización* de la teoría sociológica y la reposición de la teoría de la dependencia de los países en vías de desarrollo, a través del *eurocentrismo* de las ciencias sociales. La indigenización reconoce la sociología como una clase de conciencia refinada de la realidad social, pero cuestiona que los conceptos y métodos que surgieron tiempo atrás en la historia de Occidente se puedan aplicar adecuadamente a civilizaciones y culturas no europeas. Nadie duda la

relación con los centros de poder de los fundadores de la sociología, en su mayoría procedentes de países protestantes, más favorables para el desarrollo de la sociología que las culturas católicas, generadoras de sus propias teorías sociales y menos individualistas y complejas, por lo general, que las teorías dominantes en sociología. Sin contar con el papel de resistencia a la emergencia de la modernidad que el catolicismo político desempeñó, ni con la aproximación sensual al conocimiento que el catolicismo realiza, simbolizada en los rituales sacramentales (*v.g.*, la Comunión), *versus* la cultura protestante de la palabra, más favorable al discurso científico.

En las civilizaciones extraeuropeas, la dependencia colonial y la formación de las élites políticas y culturales en las universidades occidentales dieron origen a una dependencia cultural en la que el proceso de asimilación de la teoría sociológica tuvo que ver con el tipo de relaciones con los países hegemónicos de Occidente. Son los casos del Japón, con la importación de Spencer, o de la India, con la recepción de Durkheim, vía el funcionalismo americano de Parsons y Merton.

La retórica de la sociología para un solo mundo de los congresos internacionales resulta equívoca, ya que esos congresos raramente reflejan el estado de la sociología en las diferentes culturas nacionales fuera de los centros hegemónicos. Entre otras cosas porque, en la práctica de sus debates, la exclusividad del inglés *realmente existente*, además de la primacía y el sesgo sajón que introduce, merma has-

ta la simplicidad la posibilidad de diálogos y comunicación de ideas. Muchas veces, tras dicha retórica, no dejan de esconderse intereses espúreos por mercados académicos supranacionales (ediciones, viajes y conferencias, por ejemplo) que poco tienen que ver con la realidad de una existencia unificada de la disciplina.

Para el análisis de la dependencia sociocultural de la sociología, Langer establece una tipología de cinco tipos de sociedades, de acuerdo con su papel histórico y sus pautas culturales básicas: 1) *late-comers*: países asiáticos, latinoamericanos y africanos incorporados tardíamente a la sociedad de naciones; 2) ídem europeos, que no han podido desarrollarse como estados hasta bien entrado el presente siglo, por la dominación feudal de sus vecinos poderosos; 3) protagonistas de la modernidad; 4) países católicos y ortodoxos de la periferia del sureste europeo; y 5) civilizaciones extraeuropeas. Las contribuciones al libro proceden, según su editor, de los tipos 5), 4) y 2); es decir: de Japón, China e India; de Eslovenia, Bulgaria y la ex RDA; y de Finlandia y España. Criterios clasificadores obviamente subjetivos, en los que se echan en falta, independientemente del grado de desarrollo de sus sociologías, todas las repúblicas de la ex URSS, con Rusia a la cabeza, y todas las de América Latina.

Al final, le queda a uno la duda, cuando no la sospecha, de si son los temas tratados origen del tema y título del *reading* o, por el contrario, el título del libro responde a los temas tratados, reunidos para tal fin. Tal duda la alimentan las situaciones

anecdóticas con que a veces se tratan algunos temas, como el de la recepción colonial de Durkheim en la India o la de Spencer en Japón. O la falta de coherencia entre los diferentes temas tratados, cuyo único hilo conductor parece ser el geopolítico. En definitiva, los canales *particularistas* por los que los autores acceden a la edición de sus obras, plantea el tema de los circuitos editoriales privilegiados: sea dentro de la *mainstream* o de la *emerging sociology*.

Sea como fuese, el contenido sustantivo del libro abarca una serie de trabajos en torno a la *emergencia* de la sociología en los países citados. Es el caso de Japón, donde Hiroyuki parece fundamentar la teoría de la evolución social de Spencer, popularizada entre los japoneses durante la era Meiji de occidentalización del país, en la correlación entre desarrollo sociológico y desarrollo social, englobando los dos procesos generales del cambio social evolutivo: diferenciación y complejidad creciente y paso del militanismo al industrialismo. Así parece ser también en la República India, donde tanto Raj Chauhan y su estudio de la recepción de Durkheim como Ashok Kaul y su historia de la sociología señalan esa correlación, no exenta de contradicciones, como es el proceso de aprendizaje en dirección inversa que supone la influencia colonial anglosajona, que introduce antes a Malinowsky, Spencer, Parsons o Merton que a Comte, Marx, Pareto, Durkheim o Weber. El caso del nacimiento, caída y resurgir de la sociología en China es otro ejemplo que ilustra cómo la sociología acompaña, en sus orígenes y desarrollo, al cambio

social. Míng Yan muestra cómo se abren las puertas a la recepción y desarrollo de la sociología, sólo tras la alteración que la industrialización produce en la bimilenaria estabilidad y cerrazón de una sociedad tradicional imbuida de los principios de Confucio. Una recepción que, como en los otros casos, los avatares coloniales irán marcando en sus ritmos y contenidos: guerra del opio, recepción de Spencer; guerra chino-japonesa, traducciones del japonés de los otros clásicos. El ascenso comunista conlleva la muerte y desaparición de la sociología, hasta el fin de la Revolución cultural y la muerte de Mao. Su restablecimiento posterior se hace con una fuerte carga *indígena*, entendiéndolo por tal, en este caso, la dedicación prioritaria al estudio de la sociedad china.

El *drama* de la sociología bajo los regímenes del socialismo real aparece ilustrado en los casos de la antigua RDA, Bulgaria y Eslovenia, donde parecen haberse reproducido los problemas que la sociología y el marxismo tuvieron en sus inicios decimonónicos. Tales problemas se incrustan ahora en las relaciones entre un estado que proclama el marxismo como su modelo y los sociólogos que plantean el análisis y la crítica. La equiparación entre sociología e ideología burguesa y una propaganda oficial que defiende la homogeneidad social son serios hándicaps para quienes pretenden estudiar, en un marco de independencia intelectual, la estructura de la diferenciación social.

La contribución de las profesoras María Antonia García de León y Gloria de la Fuente a la obra es un estudio sobre las tesis doctorales *leídas* en

la Facultad de CC.PP. y Sociología de Madrid entre los años 1948 a 1988. El trabajo es una incursión específica en el proceso de profesionalización de la sociología en España, a través del estudio de sus resultados académicos más genuinos y ostensibles y de las claves políticas de la selección y concentración de los directores de tesis en el sector de catedráticos de universidad (la *catadrocracia*, le llaman las autoras), único profesionalizado en la práctica hasta la aprobación de la LRU. Las autoras comparan los contenidos de las tesis, su orientación y metodología y sus temas con la realidad social, planteando, en consonancia con la tesis general de Langer, que el retraso histórico introducido por el franquismo en la sociedad española supuso un retraso equivalente en la sociología, relegada a estudios históricos, internacionales o de contenido muy abstracto, que obviaban la dificultad de referencias a la situación interna. Tratan, igualmente, el papel de la Iglesia católica y su papel, vicario primero e impulsor después, en el resurgir de la sociología en nuestro país. Quizá por ello, deberían haber incluido en la muestra las tesis elaboradas en las Universidades de Deusto y Pontificia de Salamanca (Facultad de León XIII), que, aunque en un período de tiempo menor, aportarían un contrapunto necesario a la muestra *laica* general. Un punto de gran interés radica en el análisis de género que aplican, donde establecen cómo los modelos culturales actúan sobre hombres y mujeres estableciendo dos tipos de tesis. Las mujeres, en concreto, escriben sobre temas más ligados a la realidad social, más específicos y

claramente definidos, con el predominio de métodos cualitativos y áreas como la antropología, la cultura, la educación y la mujer. Sus conclusiones abundan tanto en que la sociología española es un ejemplo de ciencia social periférica, desarrollada por influencias externas; en un distanciamiento entre tesis y realidad social, sobre todo en la época franquista; en el escaso significado de los trabajos desde el punto de vista de la investigación (ensayos, carencia de rigor metodológico, recurso constante a los datos secundarios...), y en la inexistencia de trabajos monográficos.

Como síntesis y conclusión a la dicotomía entre globalización e indigenización de la sociología, quizá las *soluciones* más plausibles, desde el punto de vista *de la política sociológica*, puedan venir de los estudios sobre la sociología en la India y en Eslovenia,

según los cuales: 1) las influencias occidentales (externas, podríamos decir, sin ningún asomo de chovinismo ni etnocentrismo mal comprendidos) se pueden reconducir con una vuelta a los pioneros *indígenas* y el desarrollo de la tradición cultural propia (Kaul), y 2) las teorías importadas deberían ser probadas a niveles locales para, retando las presunciones universalistas, llegar a un avance de la teoría sociológica (Stolte-Heiskanen), el auténtico campo común. Todo ello, más allá de las pretensiones particularistas que, a semejanza de la teoría de un solo mundo o universalización, también puede ser tildada de favorecer intereses espurios, ahora justos sus contrarios: proteccionismo, temor al debate, o reclusión en el ámbito familiar incuestionable.

Antonio GUERRERO SERÓN

MANUEL ALCÁNTARA SÁEZ E ISMAEL CRESPO MARTÍNEZ,
con la colaboración de PABLO MIERES

Partidos políticos y procesos electorales en Uruguay (1971-1990)
(Madrid, CEDEAL, 1992)

La estabilidad del sistema político uruguayo desde el principio del siglo XX hasta la década del 60 (con una interrupción en los años treinta) se constituyó como resultado de un complejo sistema de equilibrio entre y dentro de los dos partidos tradicionales. En este equilibrio, el sistema electoral, basado en el doble voto simultáneo, cumplió un papel fundamental, ya que permitió la unidad electoral de partidos fuertemente fraccio-

nados. Este fraccionamiento, a su vez, permitió la coexistencia dentro de cada partido de fracciones con programas y sensibilidades políticas y sociales muy diversas. Como esta situación se daba por igual en los dos partidos, éstos se constituyeron en partidos *catch-all* que competían por el conjunto del electorado. Al mismo tiempo, la falta de diferencias ideológicas entre los partidos tradicionales, ya que en ambos estaba representado, a nivel

de fracciones, más o menos el mismo espectro ideológico, constituyó uno de los elementos claves de la estabilidad democrática.

Ahora bien, en la década del 60 comienza a gestarse la crisis del sistema político. Las mismas virtudes del sistema electoral y de partidos que habían contribuido a la estabilidad de la democracia se vuelven, ante la crisis, defectos que impiden encarar de manera coherente y consecuente la reforma política y económica. Esta combinación de virtudes que se vuelven defectos vuelve a jugar en el proceso de transición y consolidación de la democracia después de la experiencia dictatorial de los años setenta. Las características ya apuntadas del sistema electoral y del sistema de partidos posibilitan una transición exitosa y equilibrada a la democracia, pero al mismo tiempo producen serios bloqueos en el sistema político actual.

El libro de M. Alcántara e I. Crespo, con la colaboración de Pablo Mieres, constituye un aporte fundamental para abordar el estudio de dichas virtudes y defectos del sistema político uruguayo. Los autores se proponen abordar dos líneas de investigación. La primera se centra en el estudio del sistema electoral. El objetivo es mostrar la peculiar importancia que tiene en el Uruguay el recurso a la ingeniería electoral como mecanismo para solucionar los problemas del sistema político. La historia política del siglo XX ha estado marcada por ese hecho y esto sigue siendo así en la actualidad: hoy por hoy, todos los partidos coinciden en la necesidad de cambiar el sistema electoral para lograr una racionalización del sistema

político, pero al mismo tiempo no coinciden sobre qué tipo de reforma realizar, ya que cada partido y fracción de partido intenta una solución de ingeniería electoral que lo favorezca.

La segunda línea de investigación es el estudio del proceso de redefinición del espacio político y del sistema de partidos. La estabilidad del sistema político hasta la década del 60 se basó en un sistema bipartidista con las características ya apuntadas. Sin embargo, dentro de la estabilidad, el sistema de partidos ha ido sufriendo transformaciones a lo largo del siglo, incluyendo la ruptura del bipartidismo por la aparición y consolidación de una tercera fuerza política (y posteriormente una cuarta, aunque todavía no se puede decir que esta nueva fuerza política esté consolidada).

Estas dos líneas de investigación confluyen en el objetivo explícito de los autores de poner de manifiesto la parte determinante que juegan, en la evolución del sistema político uruguayo, las peculiares características del sistema electoral y del sistema de partidos.

Para esto, en el primer capítulo es descrito y analizado el sistema electoral y sus efectos sobre el sistema de partidos. Las características más importantes del peculiar y complejo sistema electoral uruguayo son expuestas con gran claridad tanto en lo que concierne a su génesis como en lo que concierne a su funcionamiento. Luego, los autores abordan el análisis de los efectos del sistema electoral sobre el sistema de partidos. En particular, se trata de responder a dos preguntas que constituyen puntos de litigio tan-

to entre los politólogos como entre las fuerzas políticas. La primera pregunta es la de si el doble voto simultáneo produce el fraccionamiento de los partidos. La segunda es la de si el doble voto es la causa de la debilidad ideológica de los partidos.

Esto conduce a la segunda línea de investigación: el estudio de la evolución y transformación del sistema de partidos. Para esto, los autores parten del origen de los partidos en el siglo pasado, siguiendo las transformaciones tanto en sus relaciones recíprocas como dentro de cada partido. En ese sentido, una vez consolidada la democracia a principios del siglo XX, cristaliza una característica fundamental del sistema de partidos uruguayo, a la cual los autores prestan especial atención. Esta característica es la de que, gracias al sistema electoral, el sistema de partidos tradicional era bipartidista en los procesos electorales y multipartidista durante los períodos de gobierno. Luego, los autores analizan la crisis de ese equilibrio y los efectos que tuvo a nivel de reforma política. En este sentido es analizada la reforma constitucional aprobada en 1966.

En la segunda parte del libro es estudiada la evolución política en el marco de la nueva Constitución a través del análisis minucioso de los procesos y resultados electorales desde 1971 hasta 1990.

A través del estudio del proceso electoral de 1971 se analiza la ruptura del tradicional bipartidismo uruguayo por la aparición de una tercera fuerza de izquierda: el Frente Amplio.

El siguiente proceso electoral está marcado por ser el de la transición a la democracia. Por lo tanto, el estu-

dio del proceso electoral propiamente dicho es precedido de un detenido análisis de dicha transición. En cuanto al proceso electoral, los autores analizan la reconstrucción del sistema de partidos de antes de la democracia. Es decir, no ya el bipartidismo tradicional, sino un sistema de tres partidos, ya que el Frente Amplio se consolida como tercera fuerza electoral. Sin embargo, a pesar de la ruptura del bipartidismo, las características principales de los dos partidos tradicionales se mantienen incambiadas, aunque con variaciones en las correlaciones de fuerza entre ellos y dentro de ellos.

Las siguientes consultas electorales estudiadas son el referéndum de 1989, por el cual se decidió el problema de la amnistía a los militares acusados de violaciones de los derechos humanos, y las elecciones del mismo año.

Por último, Pablo Mieres, investigador del CLAEH en Uruguay, realiza un balance de los cambios en el sistema de partidos y en el electorado después de terminado el primer gobierno de la transición democrática.

En resumen, se trata de una obra muy completa que conjuga una detallada exposición de la historia y las características del sistema electoral y del sistema de partidos con un análisis riguroso de su articulación y de sus efectos en el funcionamiento y en la evolución del sistema político. En ese sentido se constituye en una herramienta fundamental para comprender las virtudes y los defectos, la dinámica y los bloqueos del sistema político uruguayo.

Pedro NARBONDO

VARIOS AUTORES (Prólogo de ANTONIO GALA)
Pobreza, desarrollo y medio ambiente
 (Barcelona, Deriva Editorial, 1992)

El libro que presentamos es el resultado de un ciclo de conferencias organizado por la organización no gubernamental de ayuda al desarrollo INTERMON, bajo el apasionante título de *Pobreza, desarrollo y medio ambiente*.

En la introducción, *Ignacio Senillosa* (Director del Departamento de Estudios de INTERMON) cuestiona la solución tecnocrática al problema medioambiental, porque no se plantea el modelo de crecimiento económico actual. Esta suele ser la postura de los gobiernos, considera los problemas medioambientales como meras «externalidades» del sistema económico. Frente a esta posición está surgiendo con vigor lo que Joan Martínez Alier llama el «ecologismo de los pobres». Algunas de sus características son las siguientes: utilización de métodos no-violentos, protagonismo de la mujer, aplicación de modelos distintos y viables de desarrollo a sus comunidades, etc. «No es pues de extrañar que estos grupos presentes en todos los continentes, tanto en zonas urbanas (...) como rurales, están siendo sometidos a numerosas presiones y que la mayoría hayan sido duramente reprimidos» (p. 31). Merece la pena dar a conocer algunos de estos grupos. El movimiento de Chipko, al pie de la cordillera del Himalaya, en el Estado de Uttar Pradesh (India), iniciado principalmente por mujeres en 1973, se opone a la tala comercial de sus bosques, abrazándose a los ár-

boles para evitarlo (la palabra Chipko significa «abrazar» en hindi). El movimiento de oposición al proyecto del valle del río Narmada (India), coliderado por la activista Medha Patkar. El movimiento de los Penan, apoyado por Sahabat Alam Malaysia (Amigos de la Tierra, Malasia); se opone a la tala del bosque de Sarawak, en el que viven, mediante el bloqueo de las carreteras de acceso. El movimiento de los seringueiros (recolectores de caucho), defensores de la utilización respetuosa de los recursos forestales de la Amazonia brasileña y encabezado por el sindicalista Chico Mendes (asesinado en 1988 por sicarios de unos latifundistas).

Joan Martínez Alier (Catedrático de Economía e Historia Económica en la Universidad Autónoma de Barcelona): «Ecología y pobreza: una crítica al Informe Brundtland». El autor comienza su ponencia con una crítica certera a la afirmación simplona que sostiene que la pobreza es causa de degradación ambiental; con ser cierta esta aseveración, es incompleta. La presión de una producción sobre los recursos (y no sólo de la presión de la población) es causa de degradación medioambiental. El dato básico para corroborar lo anterior es la siguiente cita, verdaderamente significativa: «Podría escribirse la historia ecológica de Latinoamérica no como una historia de degradación causada por un exceso de población, sino como una historia de producción de exportacio-

nes a expensas del capital natural, una historia de "dependencia ecológica"» (p. 39). El Informe Brundtland, publicado en 1987 con el título de *Nuestro futuro común*, representa la más importante contribución de la socialdemocracia europea al debate ecológico internacional. Este informe enfatiza de un modo sospechoso (propio de los países del Norte) a la pobreza como causa principal de la degradación medioambiental. Como demuestra el autor, esta tesis no es del todo cierta. Otro concepto del informe es la expresión «desarrollo sustentable»; para Martínez Alier, la capacidad de sustentación no sólo depende de la densidad de población, sino también del uso de insumos y de los términos de intercambio comercial con otras regiones. La tesis del Informe Brundtland es que el crecimiento económico es «bueno» para el ambiente; esto no puede ser aceptado. «El incremento de la productividad por unidad de trabajo, que en algunos lugares ha permitido la generalización de la "riqueza democrática" mediante un masivo consumo de bienes, se ha convertido a expensas del agotamiento de recursos y la contaminación del entorno» (p. 42).

Un claro ejemplo del diverso tratamiento que se da entre los países del Norte y los países del Sur con respecto a las soluciones en torno al medio ambiente lo representa el siguiente hecho: el World Resources Institute, institución prestigiosa que cada año edita un anuario sobre temas de medio ambiente y desarrollo, en el anuario del año 1990-1991 se analizan las causas del cambio climático global como consecuencia del incremento del efecto invernadero. Aparecen en el

informe estadísticas de emisión de dióxido de carbono por países, así como de emisiones de metano. El informe del World Resources Institute de 1990-1991 proponía una reducción proporcional de gases invernadero para todos los países, ricos y pobres.

La reacción del Centre for Science and Environment, de Nueva Delhi (institución al margen del Estado, ONG conocida en el mundo por los ecologistas por la publicación de sus volúmenes titulados *The State of India's Environment*), no se hizo esperar. Narain y Agarwal, investigadores de este Centro, afirmaron que no es justo este «reparto» de emisiones, porque no es proporcional al número de habitantes de cada país. El informe del World Resources Institute no distingue entre los países que ya se han «comido» su parte de la capacidad de absorción y los que aún están por debajo, entre los cuales se encuentra la India. Martínez Alier ofrece, frente al ecologismo tecnocrático internacional, el «ecologismo de los pobres»: «la ecología de la supervivencia hace a los pobres conscientes de la necesidad de conservar los recursos. Esta consciencia a menudo es difícil de descubrir porque no utiliza el lenguaje de la ecología científica (...) sino que utiliza lenguajes políticos locales, a veces religiosos» (p. 49). La ponencia del autor termina con un apéndice dedicado a la propuesta latinoamericana ante UNCED (Río de Janeiro, junio 1992).

Henk Hobbelink (coordinador de la organización GRAIN-Genetic Resources Action International): «El cuarto recurso». Los recursos que solemos conocer y hablar son el suelo, el agua

y el aire, pero olvidamos un cuarto recurso: los genéticos.

Resulta curioso cómo algunos países del Norte como Estados Unidos tienen grandes bancos de genes donde se almacenan muestras de semillas en condiciones de humedad y temperatura controladas, pero estas semillas pierden su capacidad de germinación si no se reproducen periódicamente. Organizaciones como la FAO consideran a este recurso como patrimonio común de la Humanidad, pero en realidad son una plataforma de negocio para industrias farmacéuticas. Así lo expresa Henk Hobbelink: «Tal vez el aspecto más notable de las nuevas biotecnologías sea que están desarrolladas y controladas principalmente por las grandes multinacionales para promocionar y perpetuar sus intereses corporativos» (p. 72).

El progreso de la biotecnología tendrá más consecuencias negativas que positivas para los países del Tercer Mundo. En primer lugar, los agricultores dependen del insumo que es la semilla. Desde hace más de una década, las multinacionales productoras de sustancias farmacéuticas y agroquímicas han ido comprando masivamente industrias de semillas por todo el mundo. No sólo de las semillas, sino de los pesticidas (el 60 por 100 del mercado mundial). Las nuevas biotecnologías pueden ser positivas para los países del Tercer Mundo si tienen en cuenta toda la labor realizada por los agricultores de estos países (el autor les llama los biotecnólogos originales).

Bob Sutcliffe (economista británico, especialista en temas de economía in-

ternacional y de desarrollo): «Desarrollo, redistribución y medio ambiente». El autor somete a crítica el concepto de desarrollo actualmente vigente; incluso el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNCD) no incluía en su definición del desarrollo humano las cuestiones relativas al medio ambiente, o lo hacía de manera deficiente.

El indicador del desarrollo de los países sigue siendo el PNB, pero éste sigue siendo marcadamente crematístico, dejando fuera de su análisis cuestiones tan vitales para el desarrollo humano como el índice de alfabetismo, la esperanza de vida, la conservación de los recursos naturales, etc.

Desde posiciones interesadas (países del Norte) se quiere cargar toda la culpa de la destrucción del medio ambiente a la pobreza, más concretamente a la superpoblación. Esta lógica neomalthusiana concluiría que habría que reducir a aquella parte de la población que más contamina, pero, qué curioso, ésta se encuentra en los países ricos; sin embargo, se da la vuelta a este argumento diciendo que en los países ricos el problema es el de la despoblación (impidiendo al mismo tiempo la entrada de inmigrantes). «En tanto que la pobreza contamine, la solución pasa por la eliminación de la pobreza y no, como muchas veces se presupone, de los pobres» (p. 141).

Para Bob Sutcliffe, el problema ecológico se encuentra íntimamente relacionado con la redistribución de renta, propiedad, derechos y bienestar de los seres humanos. Se calcula que la cantidad de ayuda al Tercer Mundo necesaria para la realización de los acuerdos de la Conferencia de

Río asciende a 125.000 millones de dólares anuales. Hasta 1990, los gastos anuales del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente no sobrepasaron los 30 millones de dólares anuales, el equivalente a cincuenta minutos de los gastos militares de los Estados Unidos.

Ana Sugranyes (arquitecta, lleva casi veinte años trabajando en América Latina): «El derecho a un lugar donde vivir en la ciudad en condiciones medioambientales sanas». La autora de este artículo ofrece alternativas para alcanzar el derecho a vivir en un lugar sano, de la misma manera que se han hecho mejoras en los demás derechos básicos. El dato de que estas alternativas (p. ej., el asentamiento La Limonada, en Guatemala) sean locales no les resta importancia, dado que «el éxito de las microexperiencias autogestionarias puede representar pasos paulatinos hacia una mejor gestión de la ciudad en su conjunto; pero mucho queda por hacer para que estos pequeños logros de democracia en el barrio puedan constituirse en una fuerza social que articule cultural y políticamente lo micro y lo macro, la manzana y la ciudad» (p. 159).

María Elena Hurtado (periodista chilena, directora de la ONG británica de temas relacionados con el Tercer Mundo, World Development Movement-WDM): «Pobreza, medio ambiente y crecimiento de la población». Como en los anteriores autores, María Elena Hurtado critica las falacias

de la superpoblación. Para atajar el problema del medio ambiente se tienen que tener en cuenta los siguientes factores: población, consumo despilfarrador y tecnologías contaminantes o destructoras, al mismo tiempo. En muchas ocasiones, una tecnología inadecuada puede ser la causa principal de contaminación, más importante aún que el consumo exagerado o el crecimiento de la población.

Como bien afirma Lawrence Adeokun, profesor adjunto de estadística demográfica y social de Nigeria, quien dice que «la cultura de la pro-natalidad no es la causa del subdesarrollo de los países [africanos] sino que, en cierto sentido, es el síntoma de la pobre gestión de sus recursos humanos» (p. 178).

Nos encontramos ante una obra muy interesante; ya no se trata de hablar por hablar, sino de denunciar una situación que está afectando a la gran mayoría de la población mundial (hambre, desnutrición, destrucción del medio ambiente). Los autores, además de ser expertos conocedores en sus respectivos campos de investigación, colaboran asiduamente en organizaciones no gubernamentales de ayuda al desarrollo. Por mi parte, tienen mi respeto y admiración por su labor. Por otra parte, animamos a la Fundación INTERMON para que siga completando esta interesante colección que acaba de iniciar con la publicación de este libro.

Alberto GUTIÉRREZ MARTÍNEZ